

ANTONY BEEVOR

BERLÍN

LA CAÍDA: 1945



CRÍTICA

ANTONY BEEVOR

BERLÍN
LA CAÍDA: 1945

Traducción castellana de
DAVID LEÓN GÓMEZ

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: septiembre de 2002

Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2025

Berlín. La caída: 1945

Antony Beevor

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Berlin. The Downfall, 1945*

© Antony Beevor, 2002

© de los mapas, Raymond Turvey, 2002

Traducción: David León Gómez, 2002

© Editorial Planeta S. A., 2025

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-766-5

Depósito legal: B. 7.385-2025

Impresión y encuadernación: Limpegraf

Printed in Spain - Impreso en España



Año Nuevo en Berlín

Los berlineses, demacrados por la escasez de víveres y la tensión, tenían poco que celebrar durante la Navidad de 1944. Buena parte de la capital del Reich se había visto reducida a escombros a resultas de los bombardeos. El humor negro propio de sus habitantes se había tornado en humor lúgubre. El chiste que circulaba por la ciudad en aquel período tan poco festivo era: «Sé práctico: regala un ataúd».

El estado de ánimo de los alemanes había cambiado hacía exactamente dos años. Poco antes de la Navidad de 1942 empezó a rumorearse que el 6.º ejército del general Paulus había sido rodeado en el Volga por el Ejército Rojo. Al régimen nazi le resultó difícil admitir que la mayor formación de toda la Wehrmacht estaba condenada a ser aniquilada entre las ruinas de Stalingrado y en la helada estepa de los alrededores. Con el fin de preparar al país para las malas noticias, Joseph Goebbels, el *Reichsminister* de Propaganda e Información, había anunciado unas «Navidades alemanas», lo que en términos nacionalsocialistas quería decir austeridad y determinación ideológica para sustituir a las velas, las guirnaldas y la *Heilige Nacht* («Noche de paz»). En 1944, el tradicional ganso asado se había convertido en un recuerdo de otros tiempos.

En las calles en las que se había derrumbado la fachada de alguna casa podían verse aún los cuadros colgados en las paredes de lo que había sido un cuarto de estar o un dormitorio. La actriz Hildegard Knef tenía la mirada clavada en un piano que había quedado al descubierto entre los restos del suelo de una vivienda. Nadie podía alcanzarlo, y ella se preguntaba cuánto tardaría en caer al montículo de escombros que esperaba debajo. Las familias garabateaban mensajes en los edificios derribados para advertir al hijo que regresaba del frente que se encontraban bien y que habían ido a alojarse a otro lugar. El Partido Nazi hacía pública la siguiente advertencia: «Los saqueadores serán castigados con la pena de muerte».

Los ataques aéreos —en los que se turnaban británicos, por la noche, y estadounidenses, durante el día— eran tan frecuentes que los berlineses empezaron a notar que pasaban más tiempo en sótanos y refugios subterráneos que en sus propios lechos. La falta de sueño contribuía a la extraña combinación de histeria reprimida y fatalismo. Cada vez era menor el número de personas que parecía preocuparse por que los denunciasen a la Gestapo por derrotismo, tal como indica el aluvión de chistes surgidos por esas fechas. Se decía que las omnipresentes iniciales LSR, de *Luftschutzraum* o «refugio antiaéreo», significaban *Lernt schnell Russisch*: «Aprenda ruso enseñuida».¹ La mayoría de los berlineses había dejado de usar el *Heil Hitler!* para saludar. Cuando Lothar Loewe, miembro de las Juventudes Hitlerianas que había estado fuera de la ciudad, lo empleó al entrar en un comercio, todos se volvieron a mirarlo. Fue la última vez que pronunció esas palabras fuera de servicio. Loewe se encontró con que como saludo más frecuente se había impuesto el de *Bleib übrig!*: «¡Sobrevive!».²

El humor también se hizo eco de las imágenes grotescas, y en ocasiones casi surrealistas, de la época. La construcción antiaérea más extensa de Berlín era el búnker del Zoo, una fortaleza gigantesca de hormigón armado del período totalitario, dotada de baterías de cañones en el tejado y enormes refugios en su interior, en los que se hacinaban multitudes de berlineses al sonido de las sirenas. La periodista Ursula von Kardorff lo describió «como el decorado perfecto para la escena de la cárcel de *Fidelio*». Mientras tanto, las parejas de enamorados se abrazaban en las escaleras de caracol de hormigón como si participaran en una «burda parodia de un baile de disfraces».³

La ciudad estaba dominada por una atmósfera de inminente derrumbamiento tanto en las vidas personales como en lo referente a la existencia de la nación. Sus habitantes gastaban el dinero sin moderación, persuadidos de que no tardaría en perder todo su valor. Se contaban historias, difíciles de confirmar, acerca de niñas y muchachas jóvenes que copulaban con extraños en rincones oscuros cercanos a la estación del Zoo y en el Tiergarten. Al parecer, el deseo de prescindir de la inocencia se hizo aún más desesperado a medida que el Ejército Rojo se aproximaba a Berlín.

Los propios refugios antiaéreos, iluminados con lámparas azules, constituían un verdadero anticipo de infierno claustrofóbico. Se trataba de lugares en los que la gente se daba empujones envuelta en sus ropas más cálidas, con pequeñas cajas de cartón en las que guardaban emparedados y termos. En teoría, en los refugios podían satisfacerse todas las necesidades básicas. Contaban con un *Sanitätsraum* con enfermera, en el que las mujeres podían dar a luz. El parto daba la impresión de acelerarse con las vibraciones provocadas por el impacto de las bombas, que parecían provenir más del centro de la tierra que del nivel del suelo. Los techos estaban revestidos de pintura luminosa, debido a la frecuencia con que, durante los ataques, fallaban las luces, que

primero se atenuaban y luego empezaban a parpadear. Las reservas de agua escaseaban cuando los bombardeos alcanzaban la red de suministro, y los *Aborte*, o lavabos, no tardaron en convertirse en lugares repugnantes, lo que suponía una verdadera aflicción para un pueblo tan preocupado por la higiene. Tampoco era extraño que las autoridades sellasen los aseos debido al elevado número de personas deprimidas que, tras cerrar la puerta con pestillo, se suicidaba en su interior.

En realidad, para una población de unos tres millones de habitantes, Berlín no contaba con suficientes refugios, por lo que los existentes acostumbraban a estar abarrotados. En los pasillos principales, las salas destinadas a la convivencia y las habitaciones de las literas, el aire estaba viciado a causa del uso excesivo, y de los techos goteaba el agua procedente del vaho. El complejo de refugios situado bajo la estación de metro Gesundbrunnen se había concebido para acoger a mil quinientas personas, aunque las que se apiñaban en su interior solían triplicar ese número. Para medir la disminución de los niveles de oxígeno se recurría a las velas: Cuando se apagaba la que estaba situada a ras de suelo, era necesario levantar a los niños para colocarlos a la altura de los hombros. Si la que se apagaba se hallaba sobre una silla, había que iniciar la evacuación del nivel. Por último, cuando la tercera, situada a la altura de la barbilla, comenzaba a chisporrotear, se evacuaba el búnker al completo, al margen de la dureza que hubiese alcanzado el bombardeo en el exterior.

Los trescientos mil extranjeros que trabajaban en Berlín, y que llevaban una letra pintada en la ropa para identificar su país de origen, tenían prohibida la entrada a los búnkers y los sótanos. Esta medida constituía, en parte, una prolongación de la política nazi que tenía por fin evitar que se mezclasen de forma íntima con la raza alemana; sin embargo, lo que más preocupaba a las autoridades era salvar las vidas de los nacidos en Alemania. Un trabajador forzado, en particular un *Ostarbeiter*, u obrero oriental, de los cuales la mayor parte procedía de Ucrania y Bielorrusia, se consideraba como algo reemplazable. Sin embargo, no eran pocos los trabajadores foráneos, tanto forzados como voluntarios, que disfrutaban de un grado mucho mayor de libertad que los desafortunados a los que se había recluido en campos de concentración. Los que prestaban sus servicios en fábricas de armamento de los alrededores de la capital, por ejemplo, habían creado su propio refugio y una subcultura bohemia, con su propio boletín informativo y representaciones teatrales en las profundidades de la estación de la Friedrichstrasse. Sus ánimos se levantaban de forma considerable a medida que avanzaba el Ejército Rojo, en tanto que los de sus explotadores se hundían. La mayoría de los alemanes miraba a los trabajadores extranjeros con inquietud. Los consideraban iguales a soldados dispuestos a salir de su caballo de Troya para atacar y vengarse en cuanto el enemigo hubiera alcanzado la ciudad.

Los berlineses sentían un miedo atávico y visceral ante el invasor eslavo

del este, terror que se tornaba en odio con gran facilidad. Según se acercaba el Ejército Rojo, la propaganda de Goebbels insistía cada vez más en recordar las atrocidades perpetradas en Nemmersdorf cuando las tropas rusas invadieron el sudeste de Prusia Oriental el otoño anterior y violaron y asesinaron a muchos habitantes de este pueblo.

Algunos tenían sus propias razones para negarse a emplear los refugios durante los bombardeos. Cierta hombre casado que visitaba a su amante de forma regular en el distrito de Prenzlauerberg no quería bajar al sótano comunitario por temor a levantar sospechas. Una noche, el edificio recibió un impacto directo, y el desafortunado adúltero, que se hallaba en ese momento sentado en un sofá, quedó sepultado hasta el cuello por los escombros. Tras el ataque, un muchacho llamado Erich Schmidtke y un trabajador checo al que se había permitido entrar en el sótano lo oyeron gritar de dolor y subieron a la carrera en dirección al sonido. Una vez que lo rescataron y lo evacuaron para que fuese atendido, el joven Erich, que a la sazón contaba catorce años, hubo de informar a la esposa de la víctima de que su marido había sido herido de gravedad en el piso de la otra mujer. La engañada comenzó a proferir gritos de rabia, más dolida por el hecho de que lo hubiesen encontrado allí que por el estado de su esposo. Los niños de esa época debieron iniciarse de un modo muy duro en las realidades del mundo de los adultos.⁴

El general Günther Blumentritt, al igual que la mayoría de los que se hallaban cercanos al poder, estaba convencido de que los bombardeos sobre Alemania propiciaban una verdadera *Volksgenossenschaft* o «camaradería patriótica». ⁵ Esto pudo haber sido cierto en 1942 y 1943, pero a finales de 1944 el efecto tendía a polarizar la opinión entre los partidarios de la línea dura y los que se mostraban hastiados de la guerra. Berlín había sido la ciudad con mayor grado de oposición al régimen nazi, tal como indican las actas electorales anteriores a 1933. No obstante, salvo una minoría, valiente aunque reducida, esta oposición se había limitado por lo general a refunfunar y mofarse del partido. La mayor parte se había mostrado sinceramente aterrorizada ante el intento de asesinar a Hitler del 20 de julio de 1944. Además, a medida que las fronteras del Reich se vieron amenazadas tanto por levante como por poniente, el pueblo empezó a creerse la sarta de mentiras que hacía públicas Goebbels según las cuales el Führer crearía nuevas «armas milagrosas» para luchar contra sus enemigos, como si estuviera a punto de asumir la función de un Júpiter iracundo que lanza sus rayos para simbolizar su poder.

Una carta escrita por una mujer a su esposo, recluso en un campo de concentración francés, pone de manifiesto la mentalidad de asedio que abastía a los ciudadanos y la propensión a confiar en la propaganda del régimen de que daban muestras: «Tengo tanta fe depositada en nuestro destino —es—

cribía— que nada puede quebrantar una confianza nacida de nuestra larga historia, de nuestro glorioso pasado, como dice el doctor Goebbels. Es imposible que las cosas salgan de otro modo. Tal vez hayamos alcanzado en este momento un punto muy bajo, pero contamos con hombres decididos. El país entero está listo para marchar con las armas al hombro. Tenemos armas secretas reservadas para el momento elegido y, sobre todo, tenemos a un Führer al que podemos seguir con los ojos cerrados. No dejes que te derriben, por nada del mundo».⁶

La ofensiva de las Ardenas, lanzada el 16 de diciembre de 1944, insufló nuevos ánimos a los leales de Hitler: las tornas se habían vuelto por fin. La confianza en el Führer y en las *Wunderwaffen*, las armas prodigiosas como el V-2, los hicieron cegarse ante la cruda realidad. Comenzaron a circular rumores de que el 1.º ejército estadounidense se había visto rodeado por completo y sus miembros habían sido capturados merced a un gas anestésico. Pensaban que podrían chantajear al mundo y vengarse por todo lo que había sufrido Alemania. Entre los más resentidos se hallaban, al parecer, los suboficiales veteranos. Según se contaban unos a otros con feroz regocijo, París estaba a punto de ser reconquistada. A muchos les pesaba que no se hubiera destruido la capital francesa el año anterior, mientras que los bombardeos estaban reduciendo Berlín a escombros. Se regodeaban ante la idea de que, por fin, tendrían la oportunidad de corregir la historia.

El alto mando del ejército alemán, sin embargo, no compartía este entusiasmo por la ofensiva occidental. Los oficiales del estado mayor general temían que el golpe estratégico de Hitler contra los estadounidenses en las Ardenas pudiese debilitar el frente oriental en un momento decisivo. El plan resultaba, en cualquier caso, extremadamente ambicioso. La operación estaba encabezada por el 6.º ejército de *Panzer* del *Oberstgruppenführer* («teniente general») Sepp Dietrich y el 5.º ejército de *Panzer* del general Hasso von Manteuffel. Con todo, la escasez de carburante hizo hartó improbable que pudiesen alcanzar siquiera su objetivo de Amberes, la base principal de aprovisionamiento de los Aliados occidentales.

Hitler soñaba obsesionado con invertir de un modo radical el transcurso de la guerra y obligar a Roosevelt y Churchill a aceptar sus condiciones. Había rechazado de forma tajante toda sugerencia de acuerdo con la Unión Soviética, en parte por la sencilla razón de que a Stalin sólo le interesaba la destrucción de la Alemania nazi, aunque también debido a un obstáculo fundamental: la desmedida vanidad personal que lo afligía y le impedía negociar la paz cuando Alemania estaba perdiendo. En consecuencia, la victoria en las Ardenas resultaba vital a todas luces. No obstante, la tenacidad de que daban muestras los estadounidenses en la guerra defensiva, lo que se puso de re-

lieve sobre todo en Bastogne, y el vasto despliegue de las fuerzas aéreas aliadas una vez que se había despejado el tiempo acabaron en una semana con el ímpetu del ataque.

En Nochebuena, el general Heinz Guderian, jefe del mando supremo del ejército, u OKH, llegó en su amplio «Mercedes» oficial al cuartel general occidental del Führer. Tras abandonar la Wolfsschanze, o «guarida del lobo», de Prusia Oriental el 20 de noviembre de 1944, Hitler se había trasladado a Berlín para someterse a una operación de garganta de poca importancia. Más tarde, la noche del 10 de diciembre, dejó la capital en su propio tren blindado. Se dirigía a otro complejo secreto, camuflado en un bosque cercano a Ziegenberg, a menos de cuarenta kilómetros de Frankfurt. El recinto recibía el nombre de Adlerhorst, «el nido del águila», y era el último de sus cuarteles de campo bautizados con nombres en clave que atufaban a fantasía pueril.

Guderian, célebre estratega de la guerra con tanques, había sido consciente desde el principio de los peligros que conllevaba una operación de tales características, pero su opinión no tuvo mucho peso. A pesar de que el OKH era responsable del frente oriental, nunca contó con carta blanca en el asunto. El OKW, alto mando de la Wehrmacht (el conjunto de todas las fuerzas armadas), estaba a cargo del resto de las operaciones. Ambas organizaciones tenían su base al sur de Berlín, en sendos complejos subterráneos situados, a poca distancia el uno del otro, en Zossen.

Guderian, que poseía un temperamento iracundo comparable al de Hitler, mantenía, empero, una actitud bien diferente: se mostraba poco partidario de poner en práctica una estrategia internacional totalmente especulativa en un momento en que el país se estaba viendo atacado por ambos lados. En lugar de eso, confiaba en el instinto propio del soldado a la hora de identificar el punto de máximo riesgo, y no tenía duda alguna sobre dónde se encontraba éste. Su maletín contenía los informes del general Reinhard Gehlen, director del Fremde Heere Ost, el departamento de información del frente oriental. Gehlen calculaba que el Ejército Rojo lanzaría alrededor del 12 de enero un ataque masivo desde la línea del río Vístula. Según las estimaciones de su departamento, el enemigo contaba con una superioridad de once a uno en infantería, siete a uno en tanques, veinte a uno en artillería y otro tanto en aviación.⁷

Guderian entró a la sala de reuniones del Adlerhorst para encontrarse de frente con Hitler y su estado mayor. Entre otros, se hallaba presente Heinrich Himmler, el *Reichsführer* de las SS, que, tras la conspiración de julio, se había convertido también en comandante de las tropas de reemplazo. Todos los miembros de este estado mayor debían su elección a la incuestionable lealtad que habían mostrado al Führer. El mariscal de campo Keitel, jefe del estado mayor del OKW, era célebre por el servilismo del que hacía gala ante Hitler. Los oficiales exasperados se referían a él como el «vigilante del garaje

del Reich» o bien como el «burro que a todo dice sí». El coronel general Jodl, hombre de rostro frío y expresión severa, era mucho más competente que Keitel, aunque casi nunca se opuso a los desastrosos intentos por parte del Führer de dirigir cada uno de los batallones. En el otoño de 1942 estuvo en un tris de ser despedido por osar contradecir a su señor. El general Burgdorf, principal asistente militar de Hitler y jefe del departamento de personal del ejército, que controlaba todos los nombramientos, había sustituido al leal general Schmudt, herido de muerte por la bomba de Stauffenberg en la Wolfsschanze. Burgdorf fue quien proporcionó veneno al mariscal de campo Rommel y lo obligó a suicidarse.

Merced a lo que había descubierto el departamento de información de Gehlen, Guderian habló del acopio de efectivos que estaba llevando a cabo el Ejército Rojo con objeto de efectuar una ofensiva en el este. Advirtió de que el ataque tendría lugar en el plazo de tres semanas y rogó que, dado que la ofensiva de las Ardenas se había parado en seco, se trasladase al mayor número posible de divisiones al frente del Vístula. Hitler lo hizo callar y tildó de descabelladas tales estimaciones relativas a la fuerza del enemigo: ninguna de las divisiones de fusileros soviéticas había contado jamás con más de siete mil hombres, y las de carros de combate apenas si contaban con vehículos. «Es la mayor impostura que se ha conocido desde los tiempos de Gengis Kan —gritó hecho una furia—. ¿Quién es el responsable de esa sarta de sandeces?»⁸

Guderian se sobrepuso a la tentación de responder que era el propio Hitler quien hablaba de «ejércitos» alemanes cuando sus fuerzas tenían el tamaño de un solo cuerpo de combate y de «divisiones de infantería» reducidas a la fuerza de un batallón. Lejos de eso, se limitó a defender las cifras de Gehlen. Horrorizado, hubo de ver cómo el general Jodl sostenía que debía mantenerse la ofensiva occidental con más ataques. Dado que eso era precisamente lo que deseaba Hitler, los planes de Guderian se vieron frustrados. Para él resultó aún más irritante el haber de escuchar durante la cena la opinión de Himmler, que se jactó de su nuevo cargo de dirigente militar. No hacía mucho que lo habían nombrado comandante del grupo de ejércitos del Alto Rin, lo que había venido a sumarse al resto de sus cargos. «¿Sabe, querido coronel general? —dijo a Guderian—. Estoy convencido de que los rusos no van a lanzar ningún ataque. Todo eso no es más que un tremendo farol.»

A Guderian no le quedó otro remedio que regresar al cuartel general del OKH, en Zossen. Mientras tanto, las pérdidas se hacían cada vez mayores en Occidente. La ofensiva de las Ardenas y las operaciones auxiliares supusieron para Alemania la pérdida de ochenta mil hombres. Asimismo, agotaron una proporción nada despreciable de las cada vez más mermadas reservas de combustible del país. Hitler se negó a aceptar que la batalla de las Ardenas se había tornado en el equivalente del *Kaiserslacht*, el último gran ataque alemán de la primera guerra mundial. De un modo obsesivo, rechazó cualquier paralelismo

mo que pudiese hacerse con 1918. Para él, este año no fue sino la «puñalada por la espalda» revolucionaria que derrocó al káiser y redujo a Alemania a una derrota humillante. Con todo, al Führer no le faltaron momentos de lucidez durante estos días. «Sé que la guerra está perdida —confió una noche al coronel Nicolaus von Below, su ayudante en la Luftwaffe—. La superioridad del enemigo es demasiado grande.»⁹ Mas siguió culpando a otros por la sucesión de desastres. Para él, todos eran «traidores»; en especial, los oficiales del ejército. Guardaba la sospecha de que la mayoría simpatizaba con los que habían intentado asesinarlo, aunque todos se habían mostrado lo bastante satisfechos para aceptar las medallas y condecoraciones que él les brindaba. «Jamás nos rendiremos —afirmaba—. Tal vez sucumbamos, pero con nosotros caerá todo un mundo.»

El general Guderian, horrorizado ante el nuevo desastre que se cernía sobre el Vístula, regresó al Adlerhorst de Ziegenberg en dos ocasiones más, muy poco alejadas en el tiempo. Para acabar de empeorar las cosas, oyó que Hitler estaba trasladando desde el Vístula las tropas de tanques de las SS en dirección a Hungría sin comunicárselo. Persuadido como siempre de ser el único capaz de comprender los movimientos estratégicos, el Führer había decidido de súbito lanzar un contraataque en dicho país con el fin de recuperar los yacimientos petrolíferos de la zona. De hecho, tenía la intención de atravesar Budapest, que en Nochebuena se había visto rodeada por el Ejército Rojo.

La visita de Año Nuevo de Guderian coincidió con el desfile anual de los grandes del régimen y los jefes del estado mayor, congregados para transmitir en persona al Führer sus «deseos de un próspero año nuevo».¹⁰ Esa misma mañana se había puesto en marcha en Alsacia la operación Viento del Norte, la principal acción complementaria de la ofensiva de las Ardenas. El día resultó catastrófico para la Luftwaffe. Goering, en un gesto característico de suma irresponsabilidad, destinó casi mil aviones al ataque de objetivos terrestres en el frente occidental. Este intento de impresionar a Hitler supuso la destrucción total de la Luftwaffe y concedió a los Aliados una completa supremacía aérea.

El Grossdeutscher Rundfunk emitió ese día el discurso de Año Nuevo de Hitler. En él no se hizo mención alguna de la lucha que se estaba librando en el oeste, lo que resulta significativo por cuanto pone de relieve el fracaso de la ofensiva, y por sorprendente que pueda parecer, apenas se hablaba de las *Wunderwaffen*. Algunos sostenían que el discurso se había grabado con antelación o incluso que era falso. Hacía tanto tiempo que el Führer no aparecía en público que resultaba difícil contener los rumores que circulaban respecto de su persona. No faltaba quien asegurase que había perdido el juicio por completo y que Goering se hallaba encarcelado después de haber intentado huir a Suecia.¹¹

Asimismo, no eran pocos los berlineses que, ante el temor de lo que les depararía el nuevo año, ni siquiera se habían atrevido a entrecuchar su copa para brindar *Prosit Neujahr!* La familia Goebbels tuvo como invitado al coronel Hans-Ulrich Rudel, célebre piloto de Stuka y oficial más condecorado de la Luftwaffe. Como símbolo de austeridad, todos cenaron sopa de patatas.¹²

Las vacaciones de Año Nuevo terminaron la mañana del 3 de enero. La dedicación de los alemanes al trabajo y el deber quedó fuera de toda duda a pesar de lo adverso de las circunstancias. Muchos tenían poco que hacer en sus oficinas y sus fábricas, debido a la escasez de materias primas y piezas, lo que no les impidió ponerse en camino a pie a través de las ruinas o en transporte público. De nuevo se había logrado un milagro al reparar las vías de los U-Bahn y S-Bahn, aun a pesar de que eran pocos los vagones que no tenían las ventanillas rotas. En los lugares de trabajo, por otra parte, hacía un frío glacial debido a que muchas ventanas carecían de cristal y apenas quedaba combustible para la calefacción. Los que estaban resfriados o padecían la gripe no tenían más remedio que sobreponerse a las dificultades. Resultaba inútil intentar ser atendido por un médico si la enfermedad no era seria de verdad, pues casi todos los colegiados alemanes se hallaban sirviendo en el ejército. Los consultorios y hospitales de la ciudad dependían casi en su totalidad de extranjeros. Incluso el Charité, primer hospital universitario de Berlín, contaba entre sus docentes con facultativos de más de media docena de países, incluidos Holanda, Perú, Rumanía, Ucrania y Hungría.¹³

La única industria que parecía mantenerse floreciente era la fabricación de armamento, dirigida por el arquitecto personal y *Wunderkind* de Hitler, Albert Speer. El 13 de enero, éste dio una disertación a los comandantes del ejército en el campamento situado en Krampnitz, a las afueras de Berlín. En ella hizo hincapié en la importancia de que los comandantes que servían en el frente estuvieran en contacto con las industrias bélicas. A diferencia de otros ministros nazis, Speer no puso en duda la capacidad intelectual de la concurrencia. Desdeñó cualquier eufemismo a la hora de abordar la situación y no evitó mencionar las «pérdidas catastróficas» que había soportado la Wehrmacht durante los últimos ocho meses.¹⁴

La campaña de bombardeos de los Aliados no era, en su opinión, el problema. La industria alemana había fabricado, tan sólo en diciembre, 218.000 fusiles, lo que suponía casi el doble de la producción mensual de 1941, año en que la Wehrmacht había invadido la Unión Soviética. La fabricación de armas automáticas se había casi cuadruplicado, mientras que la de tanques era casi cinco veces superior. En diciembre de 1944 se habían producido 1.840 vehículos blindados en un solo mes, más de la mitad de la cantidad lograda en todo el año de 1941. La cifra incluye también tanques de un tonelaje mucho mayor. «El problema más delicado», según advirtió a los asistentes, era la escasez de combustible. Aunque resulte sorprendente, no dijo gran cosa acer-

ca de las reservas de munición, y no tenía mucho sentido fabricar todo ese armamento si la producción de municiones no lograba mantenerse a la altura.

Speer estuvo hablando más de cuarenta minutos, durante los cuales recitó sus estadísticas con gran profesionalidad. No se ensañó recordando que habían sido las tremendas derrotas de los frentes oriental y occidental durante esos ocho meses últimos las que habían mermado de un modo tan evidente todos los tipos de armas. Asimismo, expresó su esperanza de que las fábricas alemanas pudiesen alcanzar un ritmo de producción de cien mil ametralladoras mensuales para la primavera de 1946. Omitió, claro está, el hecho de que estas empresas dependiesen sobre todo de mano de obra de esclavos forzados por las SS, y pasó por alto los miles de muertos que reportaban cada día. A este último factor se sumaba el hecho de que los territorios de los que provenían los trabajadores no tardarían en disminuir aún más: en ese preciso momento, se habían congregado en Polonia, a lo largo del Vístula y al sur de la frontera de Prusia Oriental más de cuatro millones de hombres pertenecientes a los ejércitos soviéticos. Se disponían a emprender la ofensiva que Hitler había tachado de impostura.